

Intervención del Doctor José Carlos Pastor Jimeno, catedrático de Oftalmología

Lección inaugural: Doctor José Carlos Pastor Jimeno, catedrático de Oftalmología

Rector Magnífico, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Compañeros Docentes e Investigadores, Personal de Administración y Servicios, Alumnos de nuestros cuatro campus, Señoras y Señores,

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento a la Universidad por el reconocimiento que supone elegirme para impartir esta lección inaugural. Y además hacerlo coincidir con la entrega del Premio del Consejo Social al profesor Eiros Bouza al que profeso un gran cariño y al que desde aquí le doy mi más sincera enhorabuena.

La verdad es que cuando comencé mi carrera universitaria, nunca imaginé que esto pudiera suceder, y mucho menos en medio de una pandemia que nos ha trastocado la existencia.

Hace muchos años, en mi primera Universidad, la de Navarra, a mi maestro, el profesor Díaz Domínguez, catedrático jubilado de Sevilla, le correspondió también dar la lección inaugural, y eligió un tema un tanto peculiar denominado “consideraciones sobre la vejez”, rompiendo así una vieja y aun mantenida tradición de que uno hable de aquello a lo que ha dedicado su vida universitaria.

Don Diego, hombre tremendamente culto y tocado del famoso gracejo andaluz, argumentó que, puesto que era viejo, se consideraba perfectamente capacitado para poder hablar sobre ese momento de la vida.

Y aquí, permítanme una pequeña digresión. En estos momentos de la historia volvemos a las andadas con un claro culto a la juventud, como si el resto de las fases de la vida no fueran importantes y no tuvieran valor. Estamos en la etapa de los “bloggers” y los “influencers”, donde gran parte de la sociedad vive literalmente pegada al teléfono móvil siguiendo las ocurrencias de unos cuantos indocumentados, y donde parece más importante a cuánta gente llega tu mensaje, que cual es la verdadera esencia del mismo.

Lo más preocupante es que las clases dirigentes, de cualquier país, siguen esa tendencia que seguramente les reporta muchos más votos en las elecciones.

Pero volvamos a la lección y al hecho de que deliberadamente “rompo” una tradición y no hablo de lo que se supone que sé, sino de lo que me apetece. Por esa razón, y como homenaje a mi maestro, tuve claro desde que recibí esta invitación, que no pensaba relatarles las diez capas de la retina, contándoselas con todo detalle, a pesar de haber sido magistralmente descritas

por uno de nuestros escasos premios Nobel, Don Santiago Ramón y Cajal. Así que, por ese lado, pueden estar tranquilos.

Tampoco les voy a comentar la importancia de las enfermedades de la retina, tema al que he dedicado, no sólo mi quehacer académico, sino mi actividad como médico durante décadas. A estas alturas, todos ustedes deben tener claro lo que significaría para cualquiera estar ciego, y no creo que merezca la pena insistir sobre ello.

Por eso, he preferido hacer una reflexión, muy personal y seguramente cargada de sesgos, sobre la Universidad de Valladolid que yo encontré cuando llegue aquí hace 40 años y la que creo que existe ahora.

En 1981 yo era profesor agregado en Santiago de Compostela y el 23 de febrero llegué a Madrid para elegir como único candidato una de las cátedras de que estaban vacantes: Murcia, Málaga, La Laguna, Córdoba o Valladolid.

Yo no tenía ni la más remota idea de lo que tenía que hacer, así que me deje aconsejar por el profesor Sánchez Salorio, afortunadamente aún vivo, que me recomendó elegir Valladolid, según me dijo, por su solera como universidad pública española y también porque estaba cerca de Madrid que se supone debería ser mi destino final. Aprovecho para comentarles que, efectivamente nací en Madrid, de lo que me siento muy orgulloso, pero nunca he tenido la tentación de irme para allá. Ni a ninguna otra parte.

Se pueden imaginar que el día 23 F, con el golpe de estado que estaba ocurriendo, no pude elegir nada, me tuve que volver a casa y mi incorporación a Valladolid se produjo un mes después.

Llegué, pues, en marzo de 1981, a una Facultad de Medicina con mucha solera y cargada de nombres ilustres como don Pedro Gómez Bosque, don Ramón Velasco, don Alfonso Velasco, don Benito Herreros y muchos otros que no voy a nombrar para no dejarme a ninguno, lo que sería imperdonable. Y donde aún resonaban los ecos de personajes de la talla de Misael Bañuelos, Silvino Sierra, Carlos Belmonte o Hipólito Durán y otros que me hicieron sentir que accedía a un lugar especial cargado de historia. No en vano, nuestra Facultad pasa por ser la más antigua de España.

También me hice cargo del Servicio de Oftalmología del Hospital Clínico, que entonces pertenecía a la Universidad. Un hospital razonablemente moderno y con el sentimiento de orgullo de ser una institución universitaria.

Mi entrada estuvo plagada de anécdotas, algunas creo que divertidas. Yo tenía 29 años y era jefe de Departamento. Por aquel entonces había en el Servicio un residente, gran persona y un buen profesional, que iba elegantemente vestido, que cuidaba todos los detalles y que actuaba con una enorme seguridad ante los pacientes y los compañeros, pero que tenía algún defectillo. Siempre llegaba tarde, y yo que he tenido fama de ser siempre muy puntual le abroncaba continuamente. Un día le llamé a mi despacho y le pregunté la razón de su impuntualidad y me confesó que es que le costaba encontrar sitio

para aparcar. Aquello casi me dejó en shock porque vivía exactamente en la plaza de Portugalete y, aun así, venía al hospital en coche. Pues bien, al poco tiempo, voy a quirófano y estoy cambiándome junto con un residente de otra especialidad, al que yo no conocía. De pronto me pregunta: “¿eres nuevo aquí?”; “sí”, le dije. Y de pronto me espetó: “¿Por qué no te he visto en ninguna guardia de puerta?”; a lo que yo le contesté que porque no me dejaban hacer guardias. Él se sintió en la obligación de solucionar esa situación que consideraba injusta, porque para cualquier residente hacer guardias de puertas es un “castigo” y me volvió a preguntar: “¿y por qué no te dejan?”; “porque soy el catedrático y no quieren que las haga”, añadí. El residente empalideció, cambió el tú por el usted, y esa misma tarde en su guardia le contó la anécdota a uno de mis residentes, diciéndole “vaya corte que he tenido con vuestro jefe, pero es que tenéis un residente que parece un jefe y un jefe que parece un residente”. Ni que decir tiene que el tiempo ha pasado y que desgraciadamente ya nadie se confunde. Y bien que lo siento.

Unos años después, se tomó la decisión de transferir los hospitales clínicos, con la excepción del de Tenerife y el Clínic de Barcelona, al entonces INSALUD, decisión errónea en mi modesta opinión. Y es ahí donde empezaron una serie de problemas que han ido en aumento y que hoy suponen un grave riesgo de que las Facultades de Medicina dejen de pertenecer a las Universidades. Por cierto, el Hospital Clínic de Barcelona ocupa uno de los primeros lugares en cualquier ranking internacional de buenos hospitales. Algo tendrá que ver aquella decisión. Durante años, se nos ha hecho vivir en la esquizofrenia de tener que responder y cumplir con dos “señores” cuyos intereses casi nunca han estado alineados y que en muchas ocasiones han sido contrapuestos. En la actualidad, hay una terrible carencia de relevo generacional que afecta a casi todas las Facultades de Medicina españolas y que, aunque se están buscando tímidas soluciones para paliarlo como la creación de plazas de contratados vinculados, no sirven para abordar la raíz del problema. No pueden ponerse a los clínicos jóvenes ante la tesitura de elegir entre integrarse en un hospital y cuidar pacientes, o incorporarse a las Facultades y perder el contacto con la clínica, porque salvo excepciones, no renunciaran a trabajar al servicio de los pacientes, que es su vocación primaria. Y no parece sensato que para la promoción de los universitarios que trabajan en la sanidad pública se valoren más los años trabajados o el estar apuntado en la bolsa de empleo que el tener publicaciones en revistas indexadas del primer cuartil o ser investigadores principales de proyectos internacionales en convocatorias competitivas. Enfin!

Sigamos. En 1987 recibí una llamada del profesor Tejerina, para que formara parte de su equipo rectoral como vicerrector de investigación. La verdad es que no me lo pensé dos veces y acepté. No fue fácil compaginar durante cuatro años mi trabajo en el hospital con el vicerrectorado, pero fue una experiencia única para conocer mejor mi universidad y un lujo el poder trabajar en equipo con el profesor Tejerina y los otros vicerrectores. Nunca le estaré suficientemente agradecido.

De aquella época guardo muchas anécdotas, pero voy a seleccionar dos para darles una idea de cómo se manejaba la Universidad en aquel momento, no tan lejano.

Como yo era el más joven, en ausencia del Rector me hacían firmar muchos documentos que no siempre entendía. Un día me trajeron uno para autorizar la nómina del capellán de la Universidad, persona que yo sabía que no existía. Aquello rebasaba mi capacidad de comprensión y como siempre que tenía problemas acudí al profesor Pérez Cacho, vicerrector de economía. Se lo conté, se partió de risa, y me explicó que como la Universidad no tenía aprobado en su organigrama de plazas la del director del Centro de Proceso de Datos, le habían asignado el sueldo del capellán para poder pagarle.

La otra anécdota tiene que ver con un programa, que diseñamos para ayudar a los investigadores noveles a iniciar su currículum investigador con ayudas dedicadas a estimularles. Se denominó “programa de ayuda a investigadores pre-competitivos”. Para distinguir a los investigadores “promesas” a la Comisión de Investigación se le ocurrió poner en la convocatoria, que se excluirían a aquellos que tuvieran más de cinco publicaciones en revistas científicas. Craso error. Se nos presentó un catedrático, a dos años de su jubilación que nos demostró que en toda su vida no había hecho una sola publicación científica. Y hubo que darle una de las ayudas.

Afortunadamente, la Universidad ha cambiado. Pero aún tiene que cambiar más. La investigación ya es vivida por cada uno de nosotros como parte de la esencia universitaria, pero no puede ser que sigan sin incorporarse investigadores, simplemente para investigar. En mi opinión esa política debe revisarse ya que mucho me temo que por razones estrictamente de supervivencia se están ocupando plazas docentes por gente que no tiene esa vocación ni la suficiente preparación para enseñar y que además reducen su dedicación a su tarea esencial, como es la investigación. Una universidad, una comunidad y un país que aspiran a un futuro mejor, tienen que apostar decididamente por la investigación.

No nos engañemos, se nos llena la boca diciendo que sin investigación no hay futuro, pero aún se sigue maltratando en este país a la gente que se dedica a ello. Por eso, muchos se van.

El siguiente aspecto que me gustaría tocar es el de la comunicación. La Universidad debe ser abierta y transparente y todos los que la formamos debemos tener muy claro que funcionamos mayoritariamente con fondos que provienen de los impuestos de nuestros conciudadanos y que tenemos la obligación de explicar a la sociedad en qué los gastamos.

Hace algunos años, hicimos un descubrimiento que nos llenó de orgullo: inmortalizar una línea celular humana, que registramos como “IOBA-NHC” es decir “normal human conjunctiva”. La línea celular fue utilizada por muchos laboratorios en todo el mundo y algunos medios de comunicación locales se hicieron eco de la noticia.

Cuál no sería mi sorpresa cuando uno de los más ilustres compañeros de claustro me acusó en público de estar “prostituyendo” la Universidad. Así, tal y como suena.

Me explicó que los universitarios deberíamos tener prohibido tener relación con los medios informativos y que aún menos entendía que hubiéramos hecho sobre la línea celular un “registro de propiedad intelectual” porque los descubrimientos pertenecían a toda la humanidad. Por supuesto, el registro se había hecho a nombre de la Universidad.

Por eso, y sin ánimo de halagar a nadie, quiero destacar la magnífica labor del actual equipo rectoral con su presencia continua en medios y con la inteligente utilización de las redes sociales para dar a conocer lo mucho y bueno que se hace en nuestra Universidad.

Según un amigo mío, hay que “saber hacer y hacer saber”. No hay duda de que en la Universidad hay grandes expertos y magníficos profesionales y se hacen muchas y muy buenas cosas, pero tampoco hay duda de que hasta hace bien poco no hemos sentido la obligación, y he elegido esta palabra deliberadamente, de dar a conocer públicamente lo que se hace.

Ojo, que eso no tiene nada que ver con la “venta de humo” en la que algunos son expertos.

La Universidad debe estar abierta si pretende ser no sólo la casa de la sabiduría, sino la casa de todos y que nuestros conciudadanos hablen de ella con respeto y orgullo.

La otra actividad esencial de nuestra Universidad es la formación, y la verdad es que la base esencial de la misma parecía haber cambiado poco en estos 40 años hasta la llegada de la pandemia. Con honrosas excepciones, la mayoría del profesorado se había limitado al modelo tradicional de las clases magistrales y a unas actividades prácticas que han ido cambiando y adaptándose a los nuevos tiempos. No están demasiado lejanas aquellas prácticas en las que se les inyectaba nicotina a unos pollos para que los alumnos fueran conscientes de los perniciosos efectos del tabaco. O aquella asignatura dedicada a los fundamentos de la fotografía, del revelado y el fijado, cuando desde hace muchos años se utiliza el móvil para sacar fotos. Sin duda aquellas prácticas y seguramente muchas otras, reflejaban, entre otras cosas, una completa desconexión de los docentes con una actividad profesional real.

Pero como decía, toda la sociedad, y nuestra Universidad no ha sido una excepción, ha sido brutalmente sacudida por la pandemia. Y de pronto, en 24 horas, hemos tenido que adaptarnos a la utilización masiva de las nuevas tecnologías para la formación. Y lo hemos hecho, en líneas generales, con una enorme brillantez tal y como han reflejado nuestros alumnos.

No ha sido una tarea fácil aprender que Kaltura no era un jugador de baloncesto, o que las clases inversas no eran las que se dan de espaldas a los alumnos. Pero creo que hemos demostrado con creces estar a la altura de las

circunstancias y, trabajando sin descanso los siete días de la semana, hemos adaptado nuestra docencia a la nueva situación. Y eso va a suponer un cambio extraordinario, si sabemos aprovecharlo, contribuyendo a una consolidar una Universidad más eficiente.

Es verdad que quedan algunas lagunas que habrá que repensar. Van a permitirme un par de ejemplos que, por razones obvias, sólo tiene que ver con mi asignatura, aunque creo que podrían ser extrapolable a otros campos.

A finales del curso pasado los alumnos de cuarto de Medicina pudieron volver a pisar el hospital para las prácticas. En una de mis consultas estaba una alumna que miraba todo con curiosidad. En un momento determinado, entró una paciente de unos treinta años, a la que su madre transporta en una silla de ruedas, porque ella padece una parálisis cerebral y es sorda. Solo ve un poco con un ojo y tiene ante los extraños un comportamiento generalmente agresivo. Hace mucho tiempo que cuando llega a la consulta, yo cojo su mano y la pongo sobre mi cara para transmitirle confianza y ella se deja explorar. La alumna, tras pedirle permiso a la madre, repitió la experiencia y no se imaginan la cara de satisfacción que se nos puso a todos.

El siguiente paciente era sordomudo, diabético y también solo ve con un ojo. Venía acompañado de una intérprete de lengua de signos, un encanto de persona que le explicó a la alumna la enorme dificultad que tienen ahora de comunicarse porque con las mascarillas, los sordos, no pueden ayudarse leyendo los labios. Yo intento enseñarles a los alumnos lo que puedo de oftalmología, pero ante todo les explico que se identifiquen, que pidan permiso a los pacientes para explorarles y que luego les den las gracias. La alumna visiblemente emocionada tras explorarle le pidió a la interprete que le explicara cual era el signo para dar las gracias y se lo hizo saber al paciente. Este hizo otro signo que significa “de nada”. La cara de la alumna lo decía todo.

La enseñanza de la Medicina es mucho más que el aprendizaje de unos conocimientos teóricos y el manejo de tecnología. Es, y seguirá siendo también, el aprendizaje de cómo hay que relacionarse con los pacientes para transmitirles confianza, afecto y que perciban nítidamente que estamos interesados por sus problemas.

Porque eso es precisamente lo que cada uno de ustedes esperan de nosotros los médicos cuando ustedes están enfermos. Y no acabo de imaginar cómo puede hacerse todo esto mediante un webinar o un maniquí.

Me van a permitir ahora que dedique unos minutos al IOBA, el primer instituto de la LRU creado en nuestra Universidad y en nuestra Comunidad. En mi etapa de vicerrector se implantó la LRU que, en su artículo 4º, hacía referencia a que la Universidad estaba constituida por Centros, Departamentos e Institutos, aunque la verdad es que no hacía luego una descripción pormenorizada sobre qué es lo que debían de ser los Institutos, excepto que debían dedicarse a la investigación, a la formación de post-grado y a la realización de servicios técnicos. Pues bien, yo consulté la posibilidad de crear uno, a semejanza de lo

que yo había visto en otros lugares, al Rector Tejerina, que dijo sentirse encantado con la iniciativa. Así que nos armamos de valor y tiramos para adelante. Nuestra actividad investigadora fundamental se hace sobre pacientes o va dirigida a ellos y nuestra formación de postgrado también. Por eso, y dado que no había lugar para esas actividades en el antiguo Insalud y que los alumnos de Óptica/Optometría no podían y no pueden hacer prácticas en los hospitales, empezamos a crear unas consultas que también aportarían los pacientes necesarios para desarrollar nuestras actividades.

Y empezaron las dificultades. La sociedad y la Universidad de aquella época aceptaban sin problemas que yo pudiera tener una consulta privada, pero veía con recelo el que quisiera desarrollar toda mi capacidad profesional y la de un grupo de mis compañeros en el seno de mi universidad. La primera de las críticas que nos llovieron fue que utilizábamos el prestigio de la universidad en nuestro propio beneficio. Creo honestamente que nuestra universidad tiene más prestigio del que algunos se empeñan en admitir, pero también creo humildemente que todos los que hemos formado y formamos parte del IOBA hemos contribuido a incrementarlo.

En diciembre de 1994, el BOE publicaba la creación del IOBA por un Real Decreto, lo que nos dio pie a pensar que se habían terminado los problemas. Craso error: había entrado en juego ese defecto tan español llamado envidia.

La siguiente crítica fue la de decir que éramos un centro privado. Algo que desgraciadamente aún está en la mente de muchos universitarios. Permítanme que disienta. El carácter público o privado lo otorga la propiedad de los organismos y no creo que nadie dude que el IOBA es un Instituto de la Universidad Pública de Valladolid. Algunos compañeros, iban más allá y calificaban el Instituto como “el chiringuito” de Pastor.

Menos mal que los diferentes rectores, apoyaron la idea y debemos al Rector Sanz Serna la creación del edificio del Instituto en el Campus Miguel Delibes.

Y también he de reconocer que mi pasión por el deporte me ayudó, y aún me ayuda, a soportar estoicamente los ataques que he recibido, tanto profesionales como de la propia vida, y me estimula a no tirar la toalla. Como dice una sabia frase: “el éxito no está en vencer siempre, sino en no desanimarse nunca”. Es, en definitiva, eso que ahora está de moda y se denomina resiliencia.

Durante muchos años, hice karate y llegué casi a tercer Dan. No es mal deporte, pero si uno profundiza un poco, se da cuenta de que sus creadores pensaron más en una filosofía de vida que el ir soltado mamporros y patadas a diestro y siniestro. Unos de los maestros más respetados fue Gichin Funakoshi, nacido en Okinawa y que dejó sus ideas en varios libros.

Uno de ellos se titula “Los veinte principios rectores del kárate”. Dice el número dos, que en kárate no existe primer ataque, porque el primero debe ser el definitivo. El principio de conducta más importante de la vida de un samurái era: “la espada no debe nunca sacarse imprudentemente”. Es esencial soportar

las cosas hasta el máximo de la capacidad de actuar. Solo se desenfunda si se llega al punto en que la situación resulta intolerable. Yo solo he tenido que 'desenfundar' en estos 40 años en una ocasión, ante alguien del que recibí un durísimo ataque dirigido hacia mi persona, mis colaboradores y el instituto y que despreciaba todo lo relacionado con la universidad, simplemente porque no lo controlaba. Alguien que, un día en su despacho, me dijo: "has de saber que yo lo que tengo es poder"; yo me quedé pálido, pero le contesté sin pestañear: "y la universidad y yo, prestigio; a ver quién puede más". Es obvio que ganó la universidad.

Pero no quiero acabar aquí la cita de mis maestros japoneses. Quédense mejor con esta: "el kárate es como el agua hirviendo. Sin calor vuelve a su estado tibio". O como dice un proverbio japonés, "aprender con la práctica es como empujar un carro cuesta arriba: si aflojas, el carro retrocederá resbalando". Es lo que hacemos en la Universidad continuamente. Empujamos el carro a pesar de las dificultades, porque sabemos que, si no lo hiciéramos, todo lo que hemos conseguido se perdería.

Pero toca ya ir concluyendo y no quisiera que mis palabras les pudieran dejar un sentimiento de crítica negativa. La Universidad de Valladolid de 1981 era una universidad tradicional, a la que el profesor Sánchez Salorio, me recomendó venir por su solera. No en vano está considerada como la segunda Universidad de España tras la de Salamanca. Pero adolecía de un cierto inmovilismo, de un cierto olor a rancio, que ha ido desapareciendo. Hoy, con sus múltiples problemas es una institución dinámica. De nuestro tiempo.

Que compite en plano de igualdad con otras universidades europeas. Llena de gente valiosa y extraordinaria con enormes capacidades creativas y con fuerza para cambiar nuestra sociedad a mejor. Comprometida con la sociedad, con la igualdad, con la paz, con la sostenibilidad de nuestro planeta. Con la cooperación entre los pueblos, la igualdad de género y de oportunidades. También con los principios de igualdad, libertad, justicia, solidaridad y democracia interna y transparencia. Preocupada por no perder el tren de las nuevas tecnologías, y volcada en la internacionalización. Yo no hubiera podido imaginar, por ejemplo, que el equipo de mi buen amigo Fernando Rull iba a construir parte de los equipos de una sonda de la NASA a Marte. O que tendríamos un interesante proyecto de colaboración con Vietnam. Y son tan solo unas muestras de nuestras capacidades. Seamos todos conscientes de que la universidad de Valladolid merece la pena y actuemos en consecuencia.

Mi tiempo se acaba, y no es simplemente una metáfora. La universidad ha sido y es mi vida, y aun espero que desde mi condición de emérito pueda contribuir un tiempo más. Pero la vida pasa inexorablemente y debo terminar dando las gracias. Primero a todos ustedes por la paciencia en aguantar esta lección, que en realidad es un discurso.

A todas las universidades por las que he pasado, porque de todas me he sentido parte. A la de Navarra, porque allí empecé mi carrera y allí me

inculcaron valores que me han servido a lo largo de toda mi vida y que he intentado transmitir a mis hijos.

A la de Santiago de Compostela, por hacerme madurar y por darme uno de mis mejores amigos que cada día me ha apoyado, intentando que yo sea mejor persona, el profesor Juan Cuevas.

Y por supuesto, a nuestra Alma Mater por haberme ayudado a desarrollar algunos de mis sueños. A todos y cada uno de los miembros de la universidad, docentes, personal de administración y servicios y a los alumnos. Ellos han construido esta universidad, a la que me siento orgulloso de pertenecer.

A mi amigo Francisco Cantalapiedra, por haber intentado, sin desmayo, que yo sea mejor. A todos mis compañeros del Hospital, de la Facultad y por supuesto del IOBA. Y finalmente a mi familia. A mis cuatro hijos, Carlos, Salvador, Sara y Ana y especialmente a Marga mi compañera. La profesora Calonge, la primera mujer catedrática de la Facultad de Medicina de esta Universidad, cuya humildad es solo comparable con su enorme capacidad de trabajo y su paciencia infinita conmigo.

Acabo ya. Hace ya unos meses lucho contra un serio problema médico, que recibe el nombre de cáncer. No está siendo una lucha fácil y si no fuera por el apoyo de mi familia y mis amigos, las cosas serían más complicadas. Para aquellos que no estén familiarizados con la Medicina, quédense tranquilos porque este cáncer no es de los que mata: simplemente te hace más difícil la existencia. Por eso, en los momentos de agobio, que los hay, me agarro a lo que tengo: mi bicicleta de montaña y mis amigos de bici, por cierto, la mayoría de ellos profesores de la universidad. A mis amigos Juan y Paco. Al orgullo de pertenecer a esta institución que me hace sentir diferente y mejor. Y sobre todo y por encima de todo a mi familia que me rodean de cariño a cada instante. Muchas gracias Marga, Carlos, Salva, Sara y Ana. Muchas gracias por supuesto a todos ustedes.